



CARLOS ALBERTO SEGUÍN: PARADIGMA SANMARQUINO

Alberto Perales Cabrera

Director de la Unidad de Investigación de la Facultad de Medicina

Hablar de Segúin es hablar de la psiquiatría del siglo XX en el Perú. A él le debo mi formación básica en esta especialidad, y como yo, fácilmente la mitad de los psiquiatras peruanos en los cuales influyó con su ejemplo y enseñanzas.

Para describir su quehacer científico, vasto y profundo, y hacerlo con propiedad, se requeriría de un mayor espacio que el permitido por las páginas breves de un Boletín; por ello, con la comprensión de los lectores y ampliando las facetas que de él ha descrito el biógrafo que más lo conoció, Max Silva Tuesta¹, este pequeño artículo trazará tal solo ligeras pinceladas sobre sus aspectos humanos, docentes y de investigación.

Carlos Alberto Segúin nació un Jueves 08 de Agosto, de 1907, en la soleada ciudad de Arequipa. Hijo de un periodista y político, don Alberto Gonzalo Segúin y de una dama arequipeña, doña Emma Escobedo, conoció, desde pequeño la vital circulación de la noticia y de los diarios. Su padre, propietario y Director del Diario "El Heraldó", tenía la imprenta en su propia casa.

Pronto, también, hubo de comprender los sinsabores de la política. Don Alberto Gonzalo fue deportado, primero a Bolivia y después a la Argentina, por no coincidir en sus escritos periodísticos con el régimen de turno. Termina así sus estudios escolares y profesionales en este último país, lugar en el cual destaca rápida y nítidamente. Se gradúa



de médico el 4 de Abril de 1932 en la Universidad de Buenos Aires. El año anterior había publicado ya su primer libro, un tratado de Farmacología que posteriormente sería utilizado como texto en dicha universidad. Ejerce su práctica profesional lejos de la gran urbe y afincan en la Provincia de Formosa en el Norte de Argentina.

Dedicado a la práctica de la medicina y cirugía, un incidente marcará su destino orientándolo hacia la psiquiatría. Un día recibe en consulta a un hombre preocupado por molestias precordiales. Segúin, lo examina sin encontrar signos de patología. Comunica la noticia al enfermo intentando tranquilizarlo con los hallazgos negativos. Poco después el paciente retorna con las mismas quejas. Segúin reitera el examen con los mismos resultados y repite su diagnóstico y comentario: "No tiene Ud. nada y no debe preocuparse". Semanas más tarde se entera que el paciente se había suicidado. Segúin la-

mentó siempre su retardo en comprender que la medicina no trata **enfermedades sino enfermos**. Esta experiencia habrá de marcarlo indeleblemente. La docencia de Segúin tendrá, por ello, un sello particular. Su visión de la medicina será holística integrando las variables biológicas, psicológicas y sociales en la comprensión de la enfermedad. Enfatizará el valor de la relación emocional en el Acto Médico y el amor incondicionado que el buen médico siente por sus pacientes, amor que es, al mismo tiempo, expresión de su vocación de servicio, de su compromiso humano y de estímulo madurativo y terapéutico. A esa medicina, Segúin la llama **Medicina de Hom-bres**, no de enfermedades o de cuerpos enfermos.

Inicia así su vinculación con la psiquiatría, autodidácticamente primero, como solía ocurrir en aquellos tiempos. Retorna al Perú, revalida su título de Médico Cirujano en 1939. En 1940 ingresa a trabajar al entonces Hospital Obrero de Lima (hoy, Guillermo Almenara Irigoyen). Recibe el título de Doctor en Medicina en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 1942, con una brillante tesis sobre Hipnotismo y parte a Estados Unidos a seguir adiestramiento formal en psiquiatría. Al final de sus estudios, pese al ofrecimiento de un excelente puesto de trabajo, clínico y universitario, decide retornar al Perú, comprometido con su país. Desde entonces, Segúin genera una febril actividad profesional.

Alva Quiñones lo describe en forma sumaria diciendo: "Médico en la mejor acepción de la palabra, siempre generoso y dador, nada de lo humano le es ajeno: viajero impenitente, deportista sempiterno,

amante fanático del buen cine, contador talentoso de chistes, pensador original, conversador ameno, observador acucioso y crítico severo, estricto cumplidor de sus compromisos, exigente consigo mismo y con los demás es también un maestro de la palabra y un amante cultor de las bellas letras donde ha logrado aunar al talento estético y a ese singular estilo seguíneano la experiencia de una vida plena y una fantasía siempre viva y visionaria².

Seguín fue un prolífico escritor y lo hizo con brillantez en diferentes campos, en la docencia universitaria; la investigación científica, donde realizó brillantes aportes a la psiquiatría peruana y mundial; el teatro, la poesía y el periodismo científico. En todas ellas ganó premios y elogios, nacionales e internacionales.

Se puede resumir la vida de Seguín diciendo que fue un hombre que vivió con mucha intensidad. Amó la vida y a los seres humanos, particularmente en situación de enfermedad. Su pasión era enseñar. Amaba vivir y ver crecer a los que estaban a su alrededor, en especial a sus alumnos. Tenía avidez de aprendizaje y compulsión a transmitirlo, como si en la tertulia intelectual con el discípulo paladeara el contenido del conocimiento adquirido. Para él, aprender era aprender con el otro y para el otro. En tal perspectiva fue fundamentalmente un Maestro, porque maestro es, según Diego Gracia, "aquel que nunca coarta la originalidad propia, sino que más bien, la posibilita. Los grandes maestros se diferencian de los pequeños en que los primeros ayudan a pensar, a crear y por tanto a ir más allá de ellos; en tanto que los segundos tienen que basar su ascendiente en criterios de autoridad..."

En 1961, cuando un gran grupo de profesores se retira de la docencia Sanfermandina, se crea un vacío y una grave crisis institucional en la vieja Facultad de Medicina. Cuando todo parecía perdido mentes lúcidas sanmarquinas vieron en la crítica situación no sólo un reto a superar sino una oportunidad de cambio y progreso. En este contexto

Seguín es llamado a colaborar. Acepta, a condición que sea por concurso. La misma exigencia la plantea para su grupo de colaboradores que ingresan con él a la docencia universitaria.

Convencido de que la enseñanza clásica, lejos de formar al estudiante lo deformaba en cuanto a su actitud ante el enfermo, Seguín introduce modificaciones innovadoras en la pedagogía médica. Para él tal educación no debe ser una mera transferencia de conocimientos científicos sino un proceso de actualización en el discípulo -en el mejor sentido aristotélico- de actitudes y disposiciones necesarias para asistir seres humanos en situación de enfermedad. Con tal propósito, cambia el nombre del Departamento de Psiquiatría por el de Ciencias Psicológicas. Por otro lado, consciente de los problemas emocionales que pasa el estudiante durante su ciclo de estudios, pone en práctica un programa innovador de ayuda psicológica grupal: Los Grupos Formativos. Se propone con ellos brindar un espacio de reflexión al estudiante en el que, junto a sus pares y bajo la supervisión de un profesor, pueda cotejar sus angustias, frustraciones y crear un espíritu de cuerpo estudiantil que le ofrezca soporte y lo ayude a madurar como hombre humanizándose en su vocación de servicio.

La experiencia resulta singular pero tropieza gradualmente con múltiples dificultades que truncan el experimento. Ni la intención ni el esfuerzo son comprendidos; más bien utilizados "politizadamente" en su contra. Seguín renuncia en 1969 con una carta en la que termina expresando su desilusión y amargura diciendo: "no deseo seguir enseñando a alumnos que no quieren aprender....."

Actualmente, la ciencia permite al hombre controlar el origen de la vida y cada vez más el proceso de la muerte. Los adelantos tecnológicos de la medicina moderna han variado el concepto de muerte, incluso de su definición. Ya no basta para certificarla que un individuo deje de respirar y su corazón de latir. En tales circunstancias aún es posi-

ble volverlo del más allá y resucitarlo. En términos sencillos, un paciente ya no puede morir cuando quiere o le corresponde, debe ahora pedir permiso a médicos y familiares para morir en paz. Lo importante de todo ello, más allá de la forma o el estilo propio de morir de cada persona, es morir con dignidad. Y así murió Seguín.

"Ya en la últimas décadas de su existencia un grupo de discípulos solíamos visitarlo dominicalmente y gozar de su sazónada experiencia. Gustaba de enfatizar su deseo de vivir hasta los 90 años; quería experimentar, decía ¡Qué se siente a esa edad! Poco antes de morir nos comunicó un secreto. En cada década de su existencia había escrito un poema que expresaba su visión de la vida en tal momento. Fue un placer espiritual escuchar tales versos. El último, el de los 80 años, me impresionó por su fuerza, optimismo y fe en la condición humana. Llegar a los 90 le hubiera dado la oportunidad de escribir quizás el último de la serie. La muerte no estuvo de acuerdo. Unos meses antes, la Asociación Psiquiátrica Peruana le había organizado un homenaje de reconocimiento por su 88.º cumpleaños. Parte del programa consistiría en la proyección de secuenciales diapositivas que expresaban en imágenes diversos aspectos de su trayectoria profesional. Sergio Zapata, uno de sus más distinguidos discípulos, había reunido una amplia variedad de ellas. Entusiasmado el profesor por el evento, una semana antes escogió con nosotros las mejores vistas a ser mostradas. Su cansado corazón no permitió que el homenaje se realizara en su presencia. Seguín falleció en ...agosto de 1995 sin haber podido escribir la poesía de sus 90.

Referencias:

- 1 SILVA TUESTA M. Conversaciones con Seguín. Mosca Azul Editores, Lima, 1997
- 2 ALVA J. Elogio al Maestro. Anales de Salud Mental, 1995, XI:175-82
- 3 PERALES A. Morir con Dignidad: Aspectos Psiquiátricos. Boletín de la Academia Nacional de Medicina, 1999 (1): 6-7

Pintura de René Magritte: El hombre con el sombrero de hongo (1964).